

¿UNA AMISTAD INESPERADA?:  
EL CAPITÁN DOMINGO DE TORAL Y VALDÉS  
Y LOS JUDÍOS DE ALEPO

MICHAEL GORDON

University of North Carolina Wilmington

La *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés escrita por el mismo capitán* representa una de las últimas autobiografías<sup>1</sup> soldadescas escritas durante el apogeo del Imperio español. Su autor es un hidalgo asturiano que tiene un alto conocimiento cultural y militar, y su prosa fluida retrata vívidamente la experiencia de luchar en las colonias en Europa, África y Asia durante el reinado de los Austrias menores. Se escribe entre 1636 y 1640 pero desafortunadamente no se conoce en su propia época (se publica por primera vez a finales del siglo XIX como parte de una colección de manuscritos previamente inéditos), y solo en los últimos veinte años se ha empezado a investigar en detalle este texto. Gerardo González de Vega opina que, a pesar de escribir en un lenguaje y vocabulario bastante técnicos, Toral y Valdés se siente obligado por su nobleza a contar su historia de manera fidedigna sin motivos ocultos, enfocándose en su vasta experiencia militar en las colonias, omitiendo intrigas personales y presentándose como noble y humilde servidor del Imperio (82, 84, 85, 94). O, en palabras del propio capitán hacia el final de su obra, “[p]udiera alargarme mucho más en mi particular, mas el hombre ni en bien ni en mal es bien que hable mucho de sí. Lo que sé de cierto con tanta experiencia, que no sé más que al principio” (*Relación* 2016, 216).

Más de ochenta por ciento de esta *Relación* se trata de las experiencias bélicas del capitán, y con razón la crítica hasta ahora se ha enfocado en ellas, pero aún no se ha investigado suficientemente el último veinte por ciento, el cual se dedica a comentarios de índole sociocultural. Es más, esas amargas

<sup>1</sup> Aunque se ha demostrado que hay matices entre estos términos, las diferencias no afectan el argumento de este artículo, así que a lo largo de él se usarán los términos “relación”, “autobiografía”, “texto soldadesco”, etc. de manera intercambiable. Véase páginas 127-130 en Francisco Aurelio Estévez Regidor, «La cuestión autobiográfica. Teoría de un género a la luz de una relación de méritos», *RILCE (Revista del Instituto de Lengua y Cultura Españolas)*, 28.1 (2012), pp.126-142.

experiencias de guerra (y las subsiguientes críticas duras dirigidas a sus superiores) que dominan la obra contrastan rigurosamente con las alabanzas y descripciones positivas de dos grupos que no pueden vivir abiertamente en el siglo XVII en la Península Ibérica; los musulmanes y judíos. Los primeros le salvan la vida varias veces durante su viaje por el Imperio persa y los segundos en Alepo (el Imperio otomano), donde florece una amistad entre Toral y Valdés y los judíos de descendencia ibérica que todavía mantienen contacto con la Península. De las pocas investigaciones críticas dedicadas a esta obra que han llevado a cabo, ninguna ha profundizado de manera adecuada en estos aspectos socioculturales.<sup>2</sup> Es más, esta yuxtaposición curiosa de representaciones abrumadoramente negativas de la clase dirigente católica y positiva del «otro», sobre todo de judíos, da al texto su valor verdadero y lo hace una rareza en su género.<sup>3</sup>

A pesar de esta singularidad, hay que recordar, como hace muy bien González de Vega en la introducción a su edición de la *Relación*, que este texto soldadesco pertenece a una rica tradición literaria llena de obras parecidas en cuanto a estructura como la de Alonso de Contreras (56-63). En cuanto a su importancia en esta tradición, González de Vega tiene razón cuando concluye que la obra es representativa de la España imperial en el siglo XVII porque “resumía no solo su experiencia sino también la del tiempo y la nación donde le había tocado nacer, y a los que se había visto abocado a servir con las armas en la mano” (9). Aunque sea coincidencia, la vida de Toral y Valdés es un reflejo del apogeo del Imperio español porque nace el mismo año en que muere Felipe II (1598) y termina su manuscrito justo antes de la independencia de Portugal (1640). Hijo de hidalgos asturianos de buen linaje por parte de los dos padres, crece en las tierras de cristianos viejos por antonomasia pero llega a la mayoría de edad en Madrid en la Corte de Felipe III, hechos significativos para cuando se analicen su

<sup>2</sup> Aquí me refiero a tres artículos y la introducción a una edición crítica: Alessandro Cassol, «Entre historia y literatura: la autobiografía del capitán Domingo de Toral y Valdés (1635)», *Asociación Internacional Siglo de Oro Actas V*, (1999), pp. 308–318; Jesús-Antonio Cid, «Judíos en la prosa española del siglo XVII (Imperfecta síntesis y antología mínima)», *Judíos en la literatura española*, Jacob M. Hassán & Ricardo Izquierdo Benito (eds.), Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 213–265; Estévez Regidor (citado arriba); Gerardo González de Vega, «Introducción: Memorias del olvido», en *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés escrita por el mismo capitán*, Gerardo González de Vega (ed.), Madrid, Miraguano, 2016, pp. 9-96.

<sup>3</sup> Estévez Regidor también cree que la *Relación* es una excepción pero se basa en el hecho de que “el autor no aspiraba a obtener ya merced alguna puesto que había presentado ya su hoja de servicios cuando redacta la misma” (135).

actitud y comportamiento hacia los judíos de Alepo (*Relación* 100). No sabemos quién fue el señor preeminente a quien sirve (tampoco tenemos la portada del manuscrito, la cual seguramente habría mencionado algún mecenas) pero sí sabemos algo del conocimiento literario de Toral y Valdés porque en algún momento se compara su situación a la de Lazarillo de Tormes (*Relación*, 99).

Cuando tiene dieciséis años, según lo que nos cuenta el autor, la envidia de los otros criados hacia él provoca un duelo en que nuestro protagonista da varias estocadas a sus compañeros, lo cual explica su huida de la Corte y su alistamiento en el ejército (*Relación* 100).<sup>4</sup> Su estatus como criminal y la posibilidad de ganar un sueldo y una pensión en el ejército empujan a Toral y Valdés a alistarse, empezando su carrera militar de más de quince años, tres continentes y casi sesenta mil kilómetros viajados en servicio de sus reyes. En cuanto a qué destaca Toral y Valdés de su tiempo como soldado, se puede decir que hay dos temas que corren por todo el texto (uno positivo y el otro negativo). Nuestro capitán suele alabar la camaradería entre los soldados y la valentía de algunos compatriotas que merecen sus palabras laudatorias por sus acciones honorables (uno de estos, Rui Freire de Andrada, altera profundamente el pensamiento de Toral y Valdés, como veremos más adelante). Sin embargo, esas alabanzas son escasas en el texto porque la mayoría del tiempo los soldados sufren innecesariamente en condiciones inhumanas, sobre todo en las trincheras y en los barcos durante viajes largos, por la falta de dinero, suministros, organización y sentido común de los oficiales (*Relación* 102, 103, 105, 112, 116-117, 125).<sup>5</sup>

No es mi intención en este estudio la de detallar minuciosamente estos desastres militares en Flandes, África y la India sino de hacer hincapié en el éxito personal de Toral y Valdés a pesar de estos fracasos en que participa y en su capacidad literaria y lingüística de contarlos. Para empezar, cabe subrayar aquí que González de Vega y Estévez Regidor ya han alabado al capitán por ser un narrador fluido que maneja muy bien el español de su época y que crea una obra de mérito literario. De hecho, Toral y Valdés utiliza en varias ocasiones un humor sarcástico y negro para criticar la

<sup>4</sup> Esta situación es bastante común en la literatura soldadesca (haciéndola casi un tópico). Véase, por ejemplo, el primer capítulo de Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida desde que salí a servir al rey, de edad de catorce años, que fue en el año de 1597, hasta el fin del año de 1630, por primero de octubre, que comencé esta relación*, Enrique Suárez Figaredo (ed.), Barcelona, 2005.

<sup>5</sup> González de Vega lo ve de esta manera: “Como experiencia profesional, Toral es capaz de señalar, con la contención que le caracteriza, el desastre organizativo del ejército hispano, causa principal de la insostenible cantidad de bajas que sufrió” (87).

ignorancia de sus superiores, sobre todo los ingenieros españoles. En 1615, aunque esté recién llegado a Flandes, Toral y Valdés ya es capaz de reconocer las fallas de las fortificaciones y trincheras españolas que causan tantas muertes innecesarias: “[N]o la enseña Euclides en su geometría, ni reglas ni preceptos de famosos ingenieros [...] en esta parte se supiera esta ciencia no se hubiera hecho yerro tan costoso y notable, pues fueron los fuertes mucha causa para que se consumiesen 7.500 hombres” (*Relación* 1905, 487b).<sup>6</sup> Unos años después, nuestro capitán lamenta la muerte de un ingeniero pero no por las razones esperadas: “También murió en esta ocasión de un mosquetazo el ingeniero de más consideración que había en el ejército, aunque todos eran de bien poca. Falta notable, no por la calidad de la persona sino por la falta que hacía y hace” (*Relación* 124). En otro momento, refiriéndose a las condiciones pésimas en el barco durante su viaje de Flandes a Mozambique, Toral y Valdés observa lo siguiente en desesperación: “¡Oh cómo para nuestra codicia lo mucho es poco, y para nuestra necesidad lo poco es mucho!” (*Relación* 139).

A pesar de todas estas fallidas aventuras bélicas del ejército español, Toral y Valdés consigue sobrevivir y destacarse, llegando a ser asesor al virrey de la India por su pericia en evaluar fortificaciones (dando aún más importancia a sus críticas previas de la ingeniería española en Flandes y lo que va a ver en la India). En Flandes, donde estalla el conflicto de nuevo en 1619, Toral y Valdés se destaca como un valiente alférez (y luego capitán) que gana el respeto de sus subordinados (*Relación* 87-88, 127, 133). Y hace falta mencionar aquí que nuestro capitán no está en cualquier situación bélica sino en la más prominente en la conciencia española, a la cual se refiere Canavaggio como “el absceso flamenco” (*Cervantes*, 57). Se marcha de Flandes en 1625 y vuelve a Madrid donde se alista de nuevo, esta vez destinado al Norte de África, específicamente al Peñón de Vélez de la Gomera. Aunque solo pasa dos meses ahí, durante su estancia hay un sitio de más de cuarenta mil moros, un evento que empeora una situación ya pésima. De hecho, Toral y Valdés expresa su alivio al recibir la orden de volver a

<sup>6</sup> Antes de que se publicara la edición crítica de la *Relación* de González de Vega en 2016, ya había llevado a cabo una gran parte de las investigaciones de este texto utilizando la edición de Serrano y Sanz de 1905: *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés escrita por el mismo capitán*, Manuel Serrano y Sanz (ed.), Madrid, Bailly/Baillière, 1905, pp. 485-506. Por eso, para facilitar la lectura a partir de este punto en el artículo, no se referirá más el año de publicación, teniendo en cuenta que las referencias de la *Relación* citadas entre las páginas 485 y 506 (divididas en dos columnas “a y b”) pertenecen a la edición de 1905, mientras que las que vienen de las páginas 99-218 son de la de 2016.

Madrid: “[M]e vino licencia del Marqués para venir a España, que hice con buena voluntad porque aquella plaza es muy incómoda, por el sitio, que es malo, porque hay malos alojamientos, peores comidas, y tan corto el divertimiento de la vista que no se puede salir de la plaza a la campaña sin mucho riesgo. Es la barra malísima y estuvimos a pique de perdersos” (*Relación* 130).

Es importante señalar aquí que con el fin de esta breve aventura en el Magreb, Toral y Valdés ya no pasará más tiempo como soldado en territorios tradicionalmente “españoles” sino en algunos que antes eran portugueses, un hecho que subraya con sarcasmo el mismo autor (tenemos que recordar que desde 1580 hasta 1640 Portugal y sus colonias forman parte del Imperio español). Es más, es aquí en el texto donde Toral y Valdés deja de enfocarse en lo militar y empieza a percatarse de las sociedades que le rodean. Por ejemplo, el primer comentario que hace el capitán con respecto a los judíos tiene que ver con el curioso caso del moribundo gobernador de Mozambique Don Nuño Álvarez Pereira. Éste decide bautizarse de nuevo justo antes de morir porque, según Toral y Valdés, “el clérigo que le bautizó [la primera vez] era judío, y los que bautizaba no era con la intención que el sacramento requiere; fue preso por la Inquisición y castigado por ella, y entre las demás culpas que confesó haber cometido, fue ésta la una. Luego que se supo, le dieron aviso, y llegó a tiempo que estaba enfermo del mal de la muerte, y así se volvió a bautizar” (*Relación* 147). Si se hace el cálculo, teniendo en cuenta de que el gobernador tiene 56 años cuando muere, el primer bautismo tiene lugar en los años 70 del siglo XVI en Portugal pero nuestro autor no hace ningún comentario sobre la presencia de un criptojudío en ese país en aquella época. Después de pasar solo una semana en Mozambique, pasan a Goa en la India, donde al desembarcarse Toral y Valdés revisa las fortificaciones y concluye que se han construido mal las defensas y que las acciones de las tropas portuguesas han sido inefectivas (*Relación* 150). Sigue ese análisis crítico de la estrategia deficiente comentando sarcásticamente que fallaron sin “la perfección que acostumbra la nación castellana en Flandes” (*Relación* 498a).

Pero estas observaciones relacionadas con la guerra y estrategia bélica son una excepción en el último veinte por ciento de la *Relación* porque en él se dominan los comentarios socioculturales del capitán. Para empezar, dedica no pocas páginas a un encuentro que tiene con un ermitaño, de nuevo siguiendo un patrón de otros soldados como Contreras.<sup>7</sup> El ermitaño, a pesar de llevar casi treinta años ahí, admite que no conoce el plan de Dios pero da

<sup>7</sup> Véase el capítulo IX de su *Discurso*.

varios consejos a Toral y Valdés que podrían explicar el futuro comportamiento de éste hacia el “otro”: “[T]ened a Dios por objeto en todas vuestras cosas, usando en toda la verdad, que no hay más firme cosa. Si queréis tener vida quieta, refrenad vuestra ira, porque palabras arrojadas de presto no se pueden recoger [...] Contentaos con moderación, no siendo muy ambicioso de honra, porque como la sombra que huye de quien más la busca, muchas veces buscándola se pierde” (*Relación* 155). También hace referencias solo a Dios (no a Cristo ni al cristianismo), subraya el poder de palabras (un consejo que tal vez Toral y Valdés recuerde cuando decide no denunciar a los judíos de Alepo a la Inquisición por vivir en secreto en España), y toca el tema de la honra, uno muy importante para nuestro autor, el cual solo pide al Rey Felipe IV y a Olivares lo que le debe la Corona y nada más (*Relación* 215). Reforzando esta experiencia trascendental<sup>8</sup> para Toral y Valdés es su tiempo en Goa como subordinado al ya referido Capitán general Rui Freire.

Después de ser testigo ocular en Flandes y el Norte de África a la incompetencia de sus superiores (con muy pocas excepciones), Toral y Valdés finalmente sirve un oficial que demuestra las cualidades esperadas en un superior: “He dicho de este General estos pocos renglones, porque de los que he conocido el tiempo que he servido al Rey, era el que tenía más enseñanza y daba más admiración en el modo de gobernar” (*Relación* 164). Toral y Valdés acaba de escuchar el discurso ecuménico del ermitaño y ahora observa cómo Freire manda con un pragmatismo y sabiduría jamás visto antes: “Cuanto al gobierno, su razón era más política que cristiana. Muy sagaz y astuto, no daba orden a sus capitanes que no fuese con variedad de sentido en la significación de la orden” (*Relación* 160). Encima, nuestro capitán tiene el privilegio de acompañar a su superior a Ormuz bajo una bandera de tregua para negociar con el Imperio persa (*Relación* 166). Ahí, ve un centro de comercio donde se relacionan musulmanes, cristianos y judíos, una realidad no existente en la Península Ibérica. Toral y Valdés cumple su deber como un buen soldado católico en los ejércitos españoles (y sufrir tantísimo por eso) pero va cambiando su modo de pensar en cuanto al “otro” al pasar más tiempo en sociedades que aprecian minorías (o al menos las toleran por conveniencia).

<sup>8</sup> Estévez Regidor analiza este episodio de esta manera: “La vida quieta, sosegada del anacoreta provoca una crisis muy honda en su espíritu agitado por ambiciones, pletórico de inquietudes, y se siente arrastrado a quedarse en compañía del solitario, como buen español de su tiempo: guerrero o fraile” (133).

No obstante, el momento clave que va a cambiar definitivamente el rumbo de su vida (y por extensión, el de su *Relación*) es un desastre militar en la isla de Bombaça. En dos palabras, es la gota que colma el vaso. Sus experiencias positivas con Freire y la manera de éste de gobernar y dirigir el ejército por experiencia contrastan con la falta de conocimiento de los superiores que son nombrados por sus conexiones políticas, provocando a Toral y Valdés a decir que “no se aprende [el arte militar] en una sala cerrada de libros ni en la urbanidad de la Corte” (*Relación* 183). Toral y Valdés ha aguantado quince años de fracasos en el ejército, sobre todo en cuanto al liderazgo, en Flandes, Peñón de Vélez, Mozambique y la India, pero lo que pasa esta vez es distinto:

[El hijo del Virrey] vino á buscarme á mi barca [y] propóneme el caso, á que le respondí: Señor, ¿cómo podré yo conseguir lo que el señor Capitán general no consiguió con lo más y de mejor condición, siendo quien yo con los menos y en el estado en que hoy están y siendo un soldado particular castellano? ¿es solo quererme poner por blanco y causa de los tristes fines que están prometiendo las cosas presentes y que sirva de poner con mis desgracias y malos sucesos deste ejército silencio á los pasados, culpa á los míos? (*Relación* 499a).

En esencia, sus superiores quieren que él sea el chivo expiatorio por una expedición militar destinada al fracaso y que mienta para que el responsable, un amigo del virrey, mantenga su honor. Cuando rehúsa cumplir la orden, le meten en la cárcel donde pasa dos meses (*Relación* 186-187). Es más, esta insubordinación también conlleva una prohibición de volver a España en las naos imperiales. Pero gracias a este episodio, Toral y Valdés tiene que volver a Madrid andando por el Imperio persa y el otomano, dándole la oportunidad de conocer (sin luchar y no como soldado) culturas que ya no florecen abiertamente en la Península Ibérica. Es decir, deberíamos tener en cuenta de que este contacto es diferente que el que ha tenido, por ejemplo, con los protestantes en Holanda y los musulmanes en África y Asia, y el último veinte por ciento de su relación se dedica a estas experiencias no militares.

En su análisis de esta autobiografía, Alessandro Cassol concluye que “[es] uno de los textos más amargos y desengañados de cuantos produjeron los militares españoles del siglo XVII. Naturalmente, estos sentimientos influyen en el acto del recuerdo del pasado [...] determinando el criterio de selección de los acontecimientos que evocar y la manera en que esas experiencias se presentan al lector” (313). Además, como nota Jesús Antonio Cid, Toral y Valdés debería haber sido predestinado, por crecer en Asturias en la época de Felipe III, a hacer eco de estereotipos antijudíos (y yo añadiría antimusulmanes también) en su *Relación* (231-232). Pero esto no pasa y de hecho,

lo contrario sucede; hay críticas duras dirigidas a católicos y alabanzas a musulmanes y judíos.

Mientras cruza un desierto persa, por ejemplo, habría perecido después de perder su caballo si no le hubieran ayudado un grupo de mercaderes musulmanes. Y aunque Toral y Valdés les paga (muy poco) por poder sumarse a su caravana, el autor deja claro en su texto que la ganancia no es su motivación principal: “[U]n mercader de los de más consideración [...] moviéndose á piedad, dijo á los arrieros que no se habían de partir hasta que hubiesen cogido el caballo del franco<sup>9</sup> [...] En esto se conoce que en ninguna parte es mejor la compañía del bueno que en el camino” (*Relación* 502b). Luego, Toral y Valdés viaja con otro grupo de mercaderes musulmanes cuando unos bandoleros indios se dirigen al capitán, insultándole y provocándole por ninguna razón. De repente, uno de esos comerciantes defiende a nuestro autor diciendo lo siguiente: “¿Qué queréis? ¿por qué no dejáis ir á este franco [es decir, europeo] en paz en camino? [...] En fin sois gente ruin y [á] este franco, que debe de ser mucho mejor que vosotros, le vais persiguiendo” (*Relación* 503b). Esta defensa provoca una reacción violenta de los rufianes, quienes proceden a dar palizas al que ha defendido a Toral y Valdés. Éste, por su parte, hace la siguiente pregunta retórica: “¿Qué más podía hacer un buen cristiano, con las obligaciones de hombre noble, que hizo este moro?” (*Relación* 503b).

Antes de que se analicen las experiencias del capitán en el Imperio otomano, sin embargo, hace falta destacar unos episodios breves relacionados con cristianos en tierras persas. En Julfa, por ejemplo, nuestro capitán observa que los armenios cristianos viven “en su Ley y libertad, sin opresión ni embarazo” (*Relación* 195). En otro momento viaja acompañado de un hugonote francés y reconoce que éste es “a mi natural tan opuesto [...por su] opinión de la Ley”, pero no se escandaliza por pasar tiempo con un hereje (al menos, según la Iglesia católica). Irónicamente, Toral y Valdés solo tiene malos recuerdos de su estancia en el Imperio persa cuando da cuenta de su estancia en un convento de frailes agustinos portugueses (es decir, católicos). Es ahí, en su convento a unos días de su llegada, que cae

<sup>9</sup> Era común en la época en tierras musulmanas de tachar a los europeos de “francos”, un hecho de que se percata Toral y Valdés durante su estancia en Persia: “Mira el franco cómo se ha comodado [sic]; llaman francos los que de Europa andan por aquellas partes, derivado este nombre de los franceses y otras naciones que pasaron” (*Relación* 1905, 501b). Para una discusión más detallada del estatus privilegiado de los francos tanto en la comunidad judía y como en la musulmana, véase página 93 en Norman Stillman, *The Jews of Arab Lands: A History and Source Book*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1979.



enfermo gravemente por unas tercianas (o sea, la malaria). Aunque no sea la culpa de los agustinos que se enferma nuestro autor, el hecho de que esta entrada sea una de las pocas en que habla de los católicos y que sea negativa debería llamarnos la atención (hay otra mucho más condenatoria de los carmelitos en Alepo).

A pesar de los incidentes peligrosos en el Imperio persa arriba mencionados, sin embargo, la descripción de este imperio en la *Relación* es mucho más positiva que la del Imperio otomano. Es más, Toral y Valdés es consciente de las diferencias en cuanto al islam de los dos imperios y sus consecuencias políticas: “[Los persas son] herejes en respecto de los turcos y de la Ley de Mahoma, y por esto son tan opuestos a los turcos, que nunca hacen paces con ellos” (197).<sup>10</sup> En otro momento, Toral y Valdés alaba “la humanidad de la gente persiana” (*Relación* 503b) y concluye que hay más orden y leyes para proteger viajeros en el Imperio persa que en el otomano, una diferencia que destaca cuando refiere su llegada a éste:

[E]ntré con mucha nota en Alepo, que como había pasado solo el desierto con un piloto y venía bien puesto con un famoso vestido á lo persiano, un buen caballo y escopeta, se colegía ser algún hombre principal [...] Quedaron confusos los turcos y los judíos, qué persona sería [...] y no me dieron crédito, siempre sospechando de que era espía ó alguna persona de importancia [...] Estaba con este temor [de ser ahorcado], porque la guarda mayor de las aduanas, que era un turco de consideración, había tomado mal que pasase el desierto solo con un piloto y que no trujese mercadería ninguna trayendo tan buen hábito. (*Relación* 504b–505a).

En contraste, un grupo de ciudadanos de Alepo recibe a Toral y Valdés de otro modo, como cuenta el mismo capitán: “Me cercaron muchos judíos, y en castellano tan cortado como yo me dijeron que fuese bien venido” (*Relación* 504b).<sup>11</sup> Hay que recordar que casi ciento cincuenta años han

<sup>10</sup> Estas observaciones de Toral y Valdés tienen antecedentes aun en obras áureas de ficción como *La gran sultana*, donde se destacan el conflicto entre los dos grandes imperios musulmanes, su beneficio para España (“¡Plega a Dios que las paces no se hagan!”, v. 539) y la equiparación a las guerras hispanoflamencas (“Triste historia es la que leo; que a nosotros la Persia así nos daña, / que lo mismo que Flandes para España. / Conviene hacer la paz, por las razones / que en este pergamino van escritas”, vv. 1079–1083). Miguel de Cervantes Saavedra, *Comedia famosa intitulada La gran sultana doña Catalina de Oriedo, Obras completas*, Florencio Sevilla Arroyo (ed.), Madrid, Castalia, 1999, pp. 1001-1030.

<sup>11</sup> La recepción de bienvenida que recibe Toral y Valdés en Alepo por parte de los judíos, y no por los cónsules cristianos de Francia, Venecia e Inglaterra, también ecos literarios en la última parte del *Persiles* de Cervantes (1617) (Miguel de Cervantes

pasado desde los decretos de expulsión de Castilla, Aragón y Portugal pero todavía estos judíos se sienten tan conectados con la Península Ibérica (como se verá más adelante). Ambos González de Vega (90) y Cid (231), por su parte, concluyen que la ayuda que recibe de estos judíos sefarditas es tan inesperada pero para los europeos que visitan el Imperio otomano muchas veces (a pesar del desdén que se guarda en general hacia esa minoría) se llevan mejor con los sefarditas por lo que tienen en común, sobre todo la lengua, las costumbres sociales y su conocimiento del sistema financiero europeo.<sup>12</sup>

De hecho, Toral y Valdés pasa la mayor parte de su tiempo en Alepo con los judíos de la ciudad y en particular con un rabino ahí.<sup>13</sup> Como resultado de unas semanas de conversaciones con éste y de sus propias observaciones, Toral y Valdés es capaz de describir con veracidad la importancia de Alepo en el Imperio, el sistema económico otomano, la tolerancia religiosa, el éxito de la comunidad judía y las conexiones de estos judíos con España. Para empezar, Alepo se distingue en esa época como un centro importante de comercio y aduanas, y por eso, mantiene un cierto nivel de independencia de Estambul. Sobre ese tema, el capitán comenta que Alepo “es escala donde paran los mercaderes de Europa y los de Asia, de que tiene el Gran Señor mucha renta” (*Relación* 505b). Y cuando las autoridades quieren avisar al sultán de la presencia de un posible espía, el rabino les recuerda que eso significaría una pérdida de autonomía para Alepo, provocando la siguiente

Saavedra, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Carlos Romero Muñoz (ed.), Madrid, Cátedra, 2004). Es curioso, pero como se ve no poco irrealista, que los peregrinos católicos en esta obra cervantina vengan acogidos al llegar a Roma no por sus correligionarios de la ciudad sino por dos judíos (Gordon, “Presencia, papel, propósito”, 69–70).

<sup>12</sup> Véase Robert Mantran, “Foreign Merchants and the Minorities in Istanbul During the Sixteenth and Seventeenth Centuries”, *Christians and Jews in the Ottoman Empire: The Functioning of a Plural Society*, Benjamin Braude y Bernard Lewis (eds.), Nueva York, Holmes & Meier Publishers, 1980, pp. 127–137, p. 131. Véanse también las pp. 132–137 en Daniel Goffman y Christopher Stroop, “Empire as Composite: The Ottoman Policy and the Typology of Dominion”, *Imperialisms: Historical and Literary Investigations, 1500–1900*, Balachandra Rajan & Elizabeth Sauer (eds.), Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004, pp. 129–145.

<sup>13</sup> Cabe señalar, sin embargo, que Toral y Valdés no se refiere en ningún momento a las divisiones internas de la comunidad judía en Alepo (como hace, por ejemplo, con el islam) pero hay que recordar que la diversidad en el mundo islámico es mucho más conocida que la en el judío; por eso, no debemos ser demasiado críticos del capitán, sobre todo porque el resto de su descripción de los judíos y su vida es bastante veraz.

reacción: “Sintió esto el cónsul, y su procurador que estaba presente se conformó con el parecer del Rabí” (*Relación* 503b).

Segundo, los judíos de Alepo tienen un papel desproporcionadamente prominente como aduaneros (entre ese grupo que recibe a Toral y Valdés hay unos judíos) y como consejeros políticos en la ciudad (el agente del cónsul de Francia, por ejemplo, es judío (*Relación* 206)). El rabino, conociendo muy bien esta realidad, tranquiliza al prisionero en uno de sus primeros encuentros, una escena tierna que Toral y Valdés recuerda de esta manera:

[Yo] me entristecí, y él me dijo que no temiese; ¡pecador de mí! le respondí, ¿cómo, en un aprieto como este, no he de temer? [...] respondiome: No sois vos muy sabio, porque el que lo es no se deja caer, aunque adversidad lo quiera; si queréis que haga algo por vos, yo lo haré. Díjele lo mejor que supe que le debería la vida, que la ponía en sus manos; respondiome que si tenía dineros con facilidad se acabaría todo. Yo le respondí que no los tenía, y que eso me tenía con menos esperanza. Tenéis razón, que no hay cosa que más abata los espíritus que la pobreza; en fin, quedad con Dios, que yo pienso ser vuestro solicitador. (*Relación* 505a)<sup>14</sup>

No solo el rabino trabaja para liberar a Toral y Valdés sino también un aduanero judío facilita el negocio como intermediario entre nuestro autor y los oficiales otomanos. Teniendo en cuenta cuánto poco tiene el prisionero (y cuánto necesita para volver a España), el aduanero negocia una cantidad razonable, que Toral y Valdés le devuelve luego, un hecho que subraya para demostrar que no tiene la intención de aprovecharse de sus benefactores aunque sean judíos (*Relación* 505b). Y más tarde cuando las autoridades no dejan salir al capitán de la cárcel a pesar del pago ya efectuado, el rabino tiene que volver y exigir que le den su libertad merecida bajo los términos acordados (*Relación* 505b). Es decir, son musulmanes los que salvan a Toral y Valdés varias veces durante su viaje por el Imperio persa y ahora son judíos sus salvadores en el Imperio otomano, así que no debería sorprendernos la descripción positiva de estos “otros” que domina el último veinte por ciento de su *Relación*, indicando que las circunstancias personales de nuestro capitán sopesan prejuicios y estereotipos que circulan por la Península Ibérica. Hay

<sup>14</sup> Otro ejemplo de la época más conocido de un judío que se aprovecha de la situación sociopolítica de una semiautónoma ciudad musulmana para liberar un cautivo católico es el caso del Padre Jerónimo Gracián, el confesor de Santa Teresa de Ávila. El judío Simón Escanasí explota la inseguridad personal del pachá de Túnez y trabaja incansablemente (como el Rabí en Alepo) para poner en libertad al Padre Gracián. Véase páginas 75-76 y 120-122 en Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, *Tratado de la redención de cautivos*, Madrid, Espuela de Plata, 2006.

que recordar que hay tres cónsules cristianos presentes en Alepo pero notablemente, no recibe ninguna ayuda de ellos durante su encarcelamiento. Es más, después de ser liberado, Toral y Valdés refiere un encuentro que tiene con los carmelitos en Alepo porque el capitán ha traído una carta de cambio de 128 reales de sus correligionarios en Persia pero éstos rehúsan cumplir con su deber y no le dan el dinero (*Relación* 504b, 505b).

Volviendo a los judíos de la ciudad, Toral y Valdés alaba su capacidad lingüística y alto nivel educativo, entre ellos el agente del cónsul francés, pero reserva sus palabras más laudatorias para el rabino:

[Era] muy entendido, muy dado a toda humanidad, así de historias como de poesía; tenía muchos libros de comedias de Lope de Vega y de historias; y en topándome solía hablar conmigo en esto algunas veces [... y el] judío que me favoreció era tan sabio en la lengua castellana, que en abundancia de vocablos y en estilos y lenguaje podía enseñar a muchos muy presumidos, repitiendo á cada paso muchos versos de los insignes poetas de España, como Góngora y Villamediana y otros (*Relación* 505a y 506a).

En otro momento, Toral y Valdés demuestra su respeto y afecto al rabino al utilizar el adjetivo posesivo “mi”: “Di infinitas gracias a Dios por el buen suceso y a mi judío Rabí agradecí lo mejor que pude el beneficio que me hizo” (*Relación* 505b). Tal vez aún más llamativo, sin embargo, es el hecho de que el rabino cuenta sin vacilación a Toral y Valdés que ha vivido recientemente en Madrid y que conoce varias personas de importancia ahí. El capitán se entera también de que muchos judíos de Alepo envían a sus hijos al extranjero para ser educados, un hecho tal vez no sorprendente en sí hasta que el rabino le dice que les mandan también a España. Aquí estoy de acuerdo con Cid, quien observa que Toral y Valdés “no se escandaliza por ello ni hace ningún comentario hostil; y no se le pasa por la imaginación formular advertencia a las autoridades competentes para que se atajase tal estado de cosas” (231–232). Sabemos que nuestro autor se presenta ante el rey Felipe IV y el conde-duque Olivares dos veces pero durante sus audiencias intenta solo defender su insubordinación en la India y pedir su pensión merecida, y no denunciar a los judíos que le han liberado de una cárcel otomana. Tenemos notables ejemplos literarios en Lope y Cervantes, por ejemplo, de cristianos viejos que no delatan a las autoridades inquisitoriales a judíos y moriscos, respectivamente, que han vuelto ilegalmente a España, como es su deber legal y religioso.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Véase la relación personal de Guzmán y David en *Guzmán el Bravo* y la de Sancho Panza y Ricote en *Don Quijote*, II, 54.

En suma, lo que he intentado hacer en este estudio es destacar los aspectos socioculturales de un texto soldadesco poco conocido que han sido ignorados por otros críticos. Aunque estoy de acuerdo con González de Vega y Cassol cuando observan que esta obra resume la experiencia del Imperio español en el primer tercio del siglo XVII<sup>16</sup>, tenemos que preguntarnos por qué las descripciones de los musulmanes y judíos son abrumadoramente positivas si el texto de Toral y Valdés es, en su esencia, una relación amarga llena de un sinfín de desastres militares. Nuestro capitán debería haber sido predispuesto a odiar a los judíos y musulmanes pero prioriza su necesidad e instinto de supervivencia en dos imperios musulmanes, los cuales le ayudan a resistir esa inclinación antijudía y antimusulmana difundida por el pueblo español. No obstante, la actitud y el comportamiento pragmáticos de Toral y Valdés hacia los judíos no son tan extraños como se pensaría en esa época, al menos con respecto a la Corte de Felipe IV durante el gobierno de Olivares, el cual cambia radical y profundamente la política oficial hacia los judíos. Sin embargo, analizar esa política nueva en el contexto de lo que Toral y Valdés observa en Alepo y lo que sale en muchos otros textos de la época, sobre todo en el subgénero de la literatura de cautivos, es una tarea para otro proyecto investigativo que voy llevando a cabo.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Canavaggio, Jean (1997), *Cervantes*, Mauro Armiño (trans.), Madrid, Espasa Calpe.
- Cassol, Alessandro (1999), «Entre historia y literatura: la autobiografía del capitán Domingo de Toral y Valdés (1635)», *Asociación Internacional Siglo de Oro Actas V*, pp. 308–318.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (1999), *Comedia famosa intitulada La gran sultana doña Catalina de Oviedo*, *Obras completas*, Florencio Sevilla Arroyo (ed.), Madrid, Castalia, pp. 1001-1030.
- *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1978), Luis Andrés Murillo (ed.), Madrid, Clásicos Castalia.

Félix Lope de Vega, *Guzmán el Bravo*, *Novelas a Marcia Leonarda*, Antonio Carreño (ed.), Madrid, Cátedra, 2002, pp. 285-339 y Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Luis Andrés Murillo (ed.), Madrid, Clásicos Castalia, 1978.

<sup>16</sup> “El presente ya no se corresponde con el ilustre y glorioso pasado: los signos de una grandeza que está definitiva y melancólicamente tramontando se encuentran en los lugares más inesperados” (Cassol 312). Véase también González de Vega 9.

- Cid, Jesús-Antonio (2001), «Judíos en la prosa española del siglo XVII (Imperfecta síntesis y antología mínima)», *Judíos en la literatura española*, Iacob M. Hassán y Ricardo Izquierdo Benito (eds.), Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 213–265.
- Contreras, Alonso de (2005), *Discurso de mi vida desde que salí a servir al rey, de edad de catorce años, que fue en el año de 1597, hasta el fin del año de 1630, por primero de octubre, que comencé esta relación*, Enrique Suárez Figaredo (ed.), Barcelona.
- Estévez Regidor, Francisco Aurelio (2012): «La cuestión autobiográfica. Teoría de un género a la luz de una relación de méritos», *RILCE (Revista del Instituto de Lengua y Cultura Española)*, 28.1, pp. 126-142.
- Goffman, Daniel y Christopher Stoop (2004): «Empire as Composite: The Ottoman Policy and the Typology of Dominion», *Imperialisms: Historical and Literary Investigations, 1500-1900*, Balachandra Rajan y Elizabeth Sauer (eds.), New York, Palgrave Macmillan, pp. 129–145.
- González de Vega, Gerardo (2016): «Introducción: Memorias del olvido». *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés escrita por el mismo capitán*, Gerardo González de Vega (ed.), Madrid, Miraguano SA, pp. 9-96.
- Gordon, Michael (2011): «Presencia, papel, propósito: los personajes judíos de Cervantes en el Persiles», *Iberoamérica Global*, 4.1, pp. 68–75.
- Gracián de la Madre de Dios, Jerónimo (2006): *Tratado de la redención de cautivos*, Madrid, Espuela de Plata.
- Lope de Vega, Félix (2002): *Guzmán el Bravo, Novelas a Marcia Leonarda*, Antonio Carreño (ed.), Madrid, Cátedra, pp. 285-339.
- Mantran, Robert (1980): «Foreign Merchants and the Minorities in Istanbul During the Sixteenth and Seventeenth Centuries», *Christians and Jews in the Ottoman Empire: The Functioning of a Plural Society*, Benjamin Braude y Bernard Lewis (eds.), Nueva York, Holmes & Meier Publishers, pp. 127–137.
- Stillman, Norman (1979): *The Jews of Arab Lands: A History and Source Book*, Filadelfia, Jewish Publication Society of America.
- Toral y Valdés, Domingo de (2016), *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés escrita por el mismo capitán*, Gerardo González de Vega (ed.), Madrid, Miraguano.
- *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés escrita por el mismo capitán* (1905), Manuel Serrano y Sanz (ed.), Madrid, Bailly/Bailliére, pp. 485-506.